Imprimir

En las últimas décadas, la base de la hegemonía estadounidense ha pasado de su fortaleza industrial interna a su capacidad para imponer las normas que rigen la producción, las finanzas y el dinero a nivel mundial. Hoy en día, este papel imperial se encuentra cada vez más bajo presión.
Donald Trump pretende revitalizar la industria nacional al tiempo que defiende los privilegios de las multinacionales. Comprender por qué estos dos objetivos son incompatibles es fundamental para entender las debilidades del capitalismo estadounidense actual. (Annabelle Gordon / *The Washington Post* / Bloomberg vía Getty Images)

El imperialismo vuelve a estar en primera línea de la política mundial. La guerra a gran escala se ha convertido en una constante de la era actual, desde Ucrania hasta Gaza. El segundo mandato de Donald Trump ha añadido una guerra arancelaria, amenazas de anexión de Groenlandia, el secuestro del presidente de Venezuela y, junto con Israel, una guerra no provocada contra Irán. Esto no es un capricho de un solo hombre, pues la confrontación con China comenzó durante el primer mandato de Trump y se intensificó con Joe Biden.

Al mismo tiempo, la política en los países capitalistas maduros atraviesa una profunda crisis. En Estados Unidos, la izquierda se ha convertido en una fuerza política de masas, con un socialista democrático como alcalde de Nueva York y una amplia oposición al Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (ICE), al genocidio israelí en Palestina y a la guerra contra Irán. En Francia, los gobiernos han caído uno tras otro y el malestar social se extiende. Pero la extrema derecha también está ganando terreno con fuerza, desde el Agrupamiento Nacional de Francia y Alternativa para Alemania hasta Reform en Inglaterra y el Partido de la Libertad de Austria, junto con la Casa Blanca de Trump.

La izquierda y la derecha comparten las mismas realidades: salarios estancados, declive industrial y servicios públicos deteriorados. Si la izquierda pretende ofrecer un programa político creíble a la clase trabajadora y a los pobres, debe comprender el vínculo entre el resurgimiento del imperialismo y la decadencia de la acumulación capitalista en el núcleo

histórico de la economía mundial. Ante la búsqueda de respuestas por parte de millones de personas, esto implica proponer una política de ruptura de clases.

La paradoja de Estados Unidos

El punto de partida es la paradoja que subyace al capitalismo estadounidense, que también constituye la paradoja central del imperialismo contemporáneo. En 1945, Estados Unidos producía cerca de la mitad de la producción manufacturera mundial; hoy produce aproximadamente una sexta parte . El crecimiento de la productividad ha sido débil desde la gran crisis financiera de 2007-2009, la inversión se ha mantenido escasa y los salarios reales se han estancado durante más de una generación. Sin embargo, la participación del dólar en las reservas oficiales apenas ha caído por debajo del 60 por ciento. La preeminencia productiva de Estados Unidos ha disminuido, pero la jerarquía monetaria se ha endurecido.

Solo Estados Unidos liquida sus obligaciones internacionales con sus propios pasivos. El resto del mundo debe adquirir dólares, gestionar su exposición al dólar y adaptarse a la política de la Reserva Federal. Los inversores extranjeros poseen alrededor de 9 billones de dólares en bonos del Tesoro estadounidense , aproximadamente un tercio del total negociable, y los bancos centrales de todo el mundo están repletos de títulos públicos estadounidenses.

La base material de la hegemonía estadounidense se ha desplazado, por tanto, de la fortaleza industrial interna a la capacidad de establecer y hacer cumplir las normas que organizan la producción, las finanzas y el dinero a nivel global. Ahí reside, en definitiva, su verdadero poder imperial.

Las corporaciones estadounidenses han prosperado dentro de esta estructura. Entre las mayores empresas con actividad global, las corporaciones estadounidenses obtienen alrededor del 44 % de las ganancias y poseen el 34 % de la propiedad intelectual, en comparación con el 11 % y el 14 % de sus contrapartes chinas. Las multinacionales estadounidenses lideraron la globalización de la producción desde la década de 1980, exportando capital productivo y construyendo las cadenas globales que trasladaron la

capacidad industrial al extranjero, al tiempo que dependían del dólar para su funcionamiento.

La base material de la hegemonía estadounidense ha pasado de la fortaleza industrial interna a la capacidad de establecer y hacer cumplir las reglas que organizan la producción, las finanzas y el dinero a nivel mundial.

Esto representó un triunfo para el capital privado estadounidense, pero debilitó la industria dentro de Estados Unidos y generó la devastación social que se convirtió en la materia prima política de Trump. El dominio monetario, financiero y corporativo global ha ido de la mano del deterioro interno.

Por eso ninguno de los dos principales partidos estadounidenses ha logrado revertir el declive industrial. Los aranceles de Trump en 2018 apenas impulsaron la relocalización de la producción, ya que muchas empresas simplemente trasladaron sus cadenas de suministro a Vietnam y México. Biden mantuvo los aranceles y añadió los subsidios de la Ley de Reducción de la Inflación y la Ley CHIPS, pero dejó intacta la estrategia global del capital estadounidense.

Trump ahora quiere reactivar la industria nacional al tiempo que defiende los privilegios de las multinacionales. Una de sus primeras medidas al regresar al poder fue retirarse del marco de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) para combatir la erosión de la base imponible y el traslado de beneficios, del cual se habían adherido más de 130 países, incluidos los Estados Unidos de la era Biden. Este marco habría permitido a los Estados gravar una parte de las ganancias generadas por las multinacionales dentro de sus fronteras e imponer un impuesto mínimo del 15%, frenando así la transferencia de beneficios a paraísos fiscales mediante la propiedad intelectual alojada en el extranjero.

Pero los objetivos de Trump son incompatibles. Para entender por qué, debemos analizar cómo se organizan la producción y las finanzas en todo el mundo hoy en día.

Lenin, el dólar y el F-35

En 1916, Vladimir Lenin insistió en que el imperialismo debía comprenderse a través de los mecanismos dominantes de acumulación de su época. Basándose principalmente en Rudolf Hilferding , identificó estos mecanismos como la fusión del capital bancario e industrial en capital financiero, la exportación de capital y la división territorial del mundo entre potencias rivales. Su método sigue siendo indispensable, pero las formas concretas del imperialismo han cambiado profundamente.

Aplicado al capitalismo contemporáneo, el método de Lenin revela dos fundamentos estructurales del imperialismo: primero, la vinculación del capital productivo globalizado con el capital financiero internacionalizado; segundo, el dólar como moneda mundial, que transforma dicha vinculación en una jerarquía impuesta, en última instancia, por el poder militar estadounidense. La moneda mundial es un elemento crucial del imperialismo actual, pero una consideración que la teoría marxista clásica jamás desarrolló.

La producción contemporánea se organiza mediante cadenas globales coordinadas por multinacionales —principalmente estadounidenses, europeas y japonesas— que controlan el diseño, la propiedad intelectual, la logística y el acceso a los mercados. Las finanzas se han globalizado a la par de la producción, pero no se han fusionado como en la época de Hilferding. Forman una relación en la que ninguna domina a la otra. El capital productivo genera valor y plusvalía; el capital financiero proporciona el crédito, la liquidez y los medios de pago sin los cuales la producción global no podría funcionar. El capital estadounidense ha liderado ambas partes de esta relación: sus multinacionales construyeron las cadenas y sus bancos y gestores de activos globalizaron las finanzas.

El intercambio de capitales se desarrolla en un mercado mundial sin Estado, banco central ni tribunal mundial. Lo que lo mantiene unido es el dinero mundial, que debe funcionar en distintas jurisdicciones como unidad de cuenta, medio de pago y reserva de valor, especialmente en tiempos de crisis. Solo el dólar cumple estas funciones.

Un proveedor manufacturero en Vietnam o México envía componentes hoy y espera sesenta o noventa días para recibir el pago, pero los salarios y los insumos deben pagarse de

inmediato. Esta diferencia debe financiarse, y dado que la empresa líder de la cadena factura en dólares, se financia en dólares a tasas basadas en referencias al dólar. Esto no es una decisión económica, sino el precio de entrada a la cadena. Entre 1999 y 2019, aproximadamente tres cuartas partes de las exportaciones en Asia-Pacífico y prácticamente todas las exportaciones en América se facturaron en dólares. A través de estas cadenas, la política monetaria de la Reserva Federal llega directamente a los talleres al otro lado del mundo.

El Estado que emite los dólares necesarios no es simplemente otra potencia que persigue sus intereses en el extranjero. Es la autoridad que, en última instancia, garantiza la liquidación, la liquidez y la exigibilidad del capital globalmente móvil, decidiendo qué pasivos se consideran dinero y qué balances deben ajustarse. La producción sigue siendo la base, pero el control del hegemón sobre el dinero mundial es el eje del poder imperial, el punto en el que se disciplina el emparejamiento de capitales en todo el mundo.

La jerarquía se hace plenamente visible en una crisis. En 2008 y nuevamente en 2020, la Reserva Federal abrió líneas de intercambio de dólares a un selecto grupo de catorce bancos centrales. Aquellos dentro del grupo estabilizaron sus sistemas financieros en cuestión de días. Los que quedaron fuera, incluyendo India, Indonesia y Sudáfrica, enfrentaron la depreciación de su moneda, la pérdida de reservas y la austeridad. Las sanciones y la exclusión de los sistemas de pago completan el aparato de coerción, como lo demostró la congelación de aproximadamente 300 mil millones de dólares en activos del banco central ruso en 2022. Estos catorce bancos representan aproximadamente el 55% de las importaciones estadounidenses y el 60% de las exportaciones. También albergan a más del 90% del personal militar estadounidense destinado en el extranjero. El mapa de privilegios monetarios y el mapa del poder militar estadounidense coinciden en gran medida.

El imperio estadounidense no necesita plantar una bandera sobre un territorio ni establecer una costosa administración colonial.

El dólar y el F-35 son dos manifestaciones de una misma estructura de dominación, y el

poder aéreo y naval estadounidense protege los puntos estratégicos por donde circula el comercio mundial. Se trata de imperialismo que se manifiesta en los balances de empresas, bancos y Estados, respaldado por el poder militar. No necesita izar una bandera sobre un territorio ni establecer una costosa administración colonial.

Financiarización Mark II

Fundamentalmente, el aspecto financiero de esta relación se ha transformado desde la gran crisis financiera de 2007-2009. Antes del desplome, existía la primera etapa de la financiarización, centrada en bancos comerciales de alcance global, que convirtieron los hogares de los trabajadores en un terreno fértil para la explotación mediante hipotecas y deuda de consumo. En su apogeo, las ganancias bancarias en Estados Unidos alcanzaron casi el 40% de las ganancias corporativas totales. El desplome puso fin a ese régimen.

Fue reemplazada por la Financialización Mark II, sustentada en la banca en la sombra, sobre todo en gestoras de activos como BlackRock, Vanguard y State Street. Un estudio reciente que mis colegas y yo realizamos sobre 426 importantes gestoras de activos muestra que el capital que administran aumentó de 13 billones de dólares en 2013 a 46 billones de dólares a mediados de 2025. Esto representa aproximadamente el 40% del capital de todas las empresas cotizadas con una capitalización de mercado superior a los mil millones de dólares en el mundo. En todas las regiones fuera de Norteamérica, las gestoras de activos estadounidenses constituyen el mayor grupo de inversores extranjeros. Representan un poder imperial ejercido a través de los balances, más que del territorio.

A diferencia de los bancos comerciales, que obtienen sus beneficios principalmente del margen entre los tipos de interés de los préstamos y los depósitos, los gestores de activos dependen de la diferencia entre la tasa de beneficio y el tipo de interés, lo que Hilferding denominó beneficio del fundador. Dichos beneficios se materializan principalmente a través del aumento del precio de los activos. De este modo, la inflación bursátil se ha convertido en uno de los principales canales de acumulación financiera.

Toda la estructura de Mark II se sustenta en el Estado. La deuda pública bruta de Estados Unidos aumentó de poco más del 60 % del PIB en 2007 a más del 120 % en 2025. Al mismo tiempo, la Reserva Federal absorbió títulos de deuda pública a una escala histórica, creó enormes cantidades de dólares nuevos en su balance y se convirtió en el intermediario de última instancia para la banca en la sombra y otros actores del mercado monetario. Independientemente de lo que diga la retórica neoliberal de los mercados libres, el capitalismo contemporáneo sobrevive gracias a la hiperintervención estatal, pero en beneficio de las finanzas, no para reconstruir la producción.

El núcleo histórico de la economía mundial continúa, pues, a la deriva en un periodo de transición. El antiguo orden ha perdido su dinamismo, pero no ha surgido ninguno nuevo.

En consecuencia, la inversión y la productividad fuera de un reducido conjunto de sectores se han mantenido débiles. El enorme auge de la IA no altera este panorama; lo confirma. El gasto en centros de datos y chips se concentra en un puñado de corporaciones gigantes, financiadas con sus enormes reservas de efectivo y, cada vez más, con una deuda masiva, mientras que los gestores de activos invierten capital en las mismas pocas acciones. Las ganancias de productividad prometidas siguen siendo, en gran medida, una mera expectativa, ya reflejada en el precio de las acciones mucho antes de que se materialicen en la producción. Esto sigue siendo principalmente acumulación a través de la inflación de los precios de los activos, y aún no una verdadera transformación de la producción.

El núcleo histórico de la economía mundial continúa, pues, a la deriva en un periodo de transición. El antiguo orden ha perdido su dinamismo, pero no ha surgido ninguno nuevo.

Financiarización subordinada

Hasta ahora, el alcance de la Reserva Federal se extiende mucho más allá de las fronteras de Estados Unidos, ya que los dólares que crea son dinero mundial. La dependencia del dólar, generada por las cadenas de producción globales, se acumula en presiones nacionales: deudas en dólares que deben pagarse, ganancias que deben repatriarse, pagos por

tecnología que deben enviarse al extranjero. La carga recae con mayor peso sobre el Sur Global, y el resultado es una financiarización subordinada. No se trata de una versión inmadura de la financiarización de Estados Unidos o Gran Bretaña, sino de una forma distinta, producto de la subordinación tanto en la producción como en las finanzas.

Un banco central periférico no puede expandir su balance a su antojo ni ignorar el tipo de cambio al formular su política monetaria, dado que opera en el entorno sumamente precario del flujo constante de capital prestable dentro y fuera del país. Gran parte de ese capital es gestionado por los mismos gestores de activos estadounidenses que dominan Mark II.

En octubre de 2025, la tasa de interés promedio en Brasil, India, Indonesia, México y Sudáfrica se situaba cuatro puntos porcentuales por encima de la de la Reserva Federal. Esto constituye un tributo a la liquidez, impuesto por la propia jerarquía monetaria. Las altas tasas de interés frenan la inversión nacional, atraen flujos especulativos, elevan el tipo de cambio y debilitan la industria manufacturera nacional. Los países periféricos se ven obligados a acumular dólares como autoseguro y depositarlos en bonos del Tesoro estadounidense, mientras que sus propios gobiernos y empresas se endeudan a tasas mucho más elevadas. En efecto, los recursos que podrían destinarse a la construcción de fábricas, ferrocarriles y hospitales se prestan a Washington.

Un tributo de esta magnitud necesita beneficiarios locales. Las grandes empresas de los países periféricos obtienen préstamos baratos en dólares e invierten en activos financieros nacionales con altos rendimientos; los bancos se benefician de la deuda pública emitida para absorber las entradas de capital; y sectores de la clase media disfrutan de importaciones baratas. En un país periférico, el tipo de cambio es tanto un arma de clase como una variable económica. Y Estados Unidos no necesita un virrey para recaudar el tributo, pues este fluye a través del funcionamiento habitual del mercado mundial.

Imperio sin hegemonía

China presenta un panorama opuesto al de Estados Unidos. Representa cerca del 30% del

valor añadido de la producción manufacturera mundial y alrededor del 15% de las exportaciones mundiales de mercancías. Las empresas estatales dominan sus sectores estratégicos y ha creado instituciones que, en parte, se desmarcan del orden liderado por Estados Unidos, como la Iniciativa de la Franja y la Ruta y el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura.

Sin embargo, China no pretende construir un bloque imperial independiente ni adquirir territorio. Busca tener voz y voto en las normas que rigen el comercio, la tecnología y la inversión, y, a largo plazo, nuevos acuerdos para el dinero mundial.

Ahí radica su mayor debilidad. El renminbi representa menos del 3% de las reservas mundiales y los pagos internacionales, y menos del 5% del comercio mundial se factura en esta moneda, frente a aproximadamente la mitad en dólares. La deuda pública china no sirve como garantía global, el Banco Popular de China no ofrece ningún respaldo de liquidez al mercado mundial, y el propio sistema de pagos de China procesa poco más del 12% del volumen en dólares gestionado por la Sociedad para las Telecomunicaciones Financieras Interbancarias Mundiales (SIFT).

Estados Unidos ha dejado de actuar como potencia hegemónica, es decir, como el poder que presenta sus propios intereses como el interés general.

La barrera es estructural, no una cuestión de voluntad. El sistema monetario mundial requiere mercados sólidos de pasivos públicos seguros, protección jurídica para los acreedores extranjeros y una cuenta de capital abierta. Los controles de capital y el control público sobre las finanzas que protegieron la industrialización de China son precisamente lo que impide que el renminbi se convierta en moneda mundial. China es una superpotencia productiva obligada a saldar sus obligaciones en una moneda que no emite y a mantener sus reservas en deuda de sus rivales.

La acumulación interna china tampoco está exenta de contradicciones. Desde 2007-2009, el crecimiento y la rentabilidad se han estancado. China sigue invirtiendo aproximadamente el

doble de la proporción del PIB estadounidense, pero la rentabilidad de esa inversión ha disminuido drásticamente. Lo racional sería reducir la inversión y aumentar sistemáticamente los ingresos y el consumo de los trabajadores chinos, pero los riesgos económicos, sociales y políticos que esto conlleva son enormes.

El resultado es un punto muerto. La potencia hegemónica no puede recuperar sus bases productivas, y el retador no puede emitir dinero mundial. Ninguno puede imponer una solución, ni aceptará una subordinación permanente. No existe una vía de sucesión ordenada dentro de una jerarquía monetaria singular, coercitiva y cada vez más disputada, y ahí reside el peligro para el mundo.

Estados Unidos ha dejado de actuar como hegemón, es decir, como la potencia que presenta sus propios intereses como el interés general. En cambio, actúa como el competidor más grande y agresivo en un campo cada vez más abierto, tratando incluso a sus aliados como subordinados. Cuando Washington exigió sanciones a la energía rusa después de 2022, Alemania las aceptó a un alto costo para su propia base industrial. Sin embargo, la predominancia militar estadounidense ya no es indiscutible, y la guerra contra Irán ha demostrado que ni siquiera los adversarios más débiles pueden simplemente someterse. La situación recuerda a las rivalidades previas a 1914. La guerra mundial no es inevitable, pero las guerras subsidiarias, la confiscación de reservas, la exclusión de pagos y los embargos tecnológicos se han convertido en una característica intrínseca de la política mundial.

¿Debería la izquierda, entonces, celebrar la desdolarización y los BRICS? Debilitar el monopolio del dólar reduciría un mecanismo crucial de dominación. Pero los supuestos rivales no son ni un bloque socialista ni un nuevo movimiento anticolonial. Son Estados que compiten en el mercado mundial y buscan alternativas al dólar, no una moneda mundial más justa. La multipolaridad no es una categoría de clase. La izquierda debería oponerse a las sanciones, al tributo de liquidez y a la acumulación forzosa de reservas sin alinearse con ningún bando.

La política de la ruptura de clases

Uno de los avances políticos más alentadores en esta sombría coyuntura es que la izquierda estadounidense esté debatiendo seriamente cómo ganar y ejercer el poder. Max Elbaum ha argumentado acertadamente que no puede limitar su plataforma progresista a los asuntos internos, limitándose a expresar su oposición en política exterior.

El análisis anterior explica el porqué. Lo doméstico y lo imperial son dos caras de la misma estructura, y un gobierno de izquierda la confrontaría desde el primer día. El éxito no es posible sin subvertir los mecanismos capitalistas imperantes de poder social, económico y político. Esta es precisamente la política de ruptura de clases que la izquierda debería ofrecer a los millones que buscan el cambio.

Vi de cerca lo que esto significaba en Grecia en 2015. La victoria electoral de Syriza tuvo poca trascendencia en sí misma; en el mejor de los casos, fue solo el comienzo. Un gobierno de izquierda que realmente buscara salvar a Grecia del desastre de los rescates financieros tenía que romper con los mecanismos de poder establecidos. Eso solo podía lograrse utilizando la maquinaria del Estado en conjunto con el movimiento de masas. Para obtener resultados, un gobierno de izquierda estaría obligado a transformar el Estado.

El desafío se centró en una cuestión fundamental, como suele ocurrir en tiempos de convulsión radical: ¿permanecer en la Unión Monetaria Europea (UME) o abandonarla? Romper con el euro habría requerido controles de capital, control público sobre los bancos y el dinero, y una profunda reorganización de la economía que podría haber transferido el poder a los trabajadores y a los más pobres. Inevitablemente, se habría producido una profunda ruptura con los intereses de clase e imperiales arraigados que asfixiaban a Grecia, los cuales respaldaban la política de permanecer en la UME. La sola idea bastó para helar la sangre de la tímida dirigencia de Syriza. La rendición fue latente.

Esto encierra una lección para la izquierda estadounidense —y más allá de ella—, a pesar de la enorme diferencia entre la potencia imperial dominante y una pequeña potencia europea. Si busca ofrecer una política de ruptura que incline la balanza decisivamente a favor de los trabajadores y los pobres, debe utilizar y transformar la maquinaria del Estado, a la vez que

se apoya en la fuerza del movimiento de masas. También debe quedar claro que habrá una oposición feroz y violenta en todos los niveles. El éxito no se logrará sin un cambio radical en la configuración interna e imperial del poder de clase en Estados Unidos. De eso no cabe duda. Resulta casi redundante decir que la tarea reviste una importancia histórica mundial.

Soberanía popular contra el imperio

Sin embargo, la izquierda estadounidense cuenta con una amplia experiencia histórica en la que puede basarse para desarrollar una política de clases que le permita alcanzar el éxito. El primer paso consiste en elaborar un programa para revertir el declive productivo interno de Estados Unidos, con la clase trabajadora a la cabeza, como ya se ha propuesto para otros países capitalistas desarrollados.

Esto implica una inversión pública a una escala no vista en generaciones, bancos públicos que canalicen el crédito hacia la producción y un banco central integrado en un plan económico democrático en lugar de servir como intermediario de última instancia para BlackRock. También implica restablecer los controles de capital como un instrumento normal de política económica y extender la propiedad pública a la energía, la infraestructura y la vivienda, donde las necesidades sociales y el beneficio privado divergen marcadamente. Y, además, implica un control democrático y obrero de las corporaciones, ya que una corporación estatal burocrática que se rige por las prioridades del capital no cambia nada esencial.

Los trabajadores estadounidenses no obtienen ningún beneficio duradero del ordenamiento económico basado en el dólar. Cuanto más persigue Washington la primacía imperial, más debilita la economía nacional.

Un programa de este tipo revertiría la estrategia de acumulación global del capital estadounidense, subordinando el capital multinacional y financiero a prioridades determinadas democráticamente. En resumen, buscaría desglobalizar y desfinanciarizar la economía estadounidense. Esto no es ni aislacionismo ni autarquía. El objetivo es una

economía abierta que continúe comerciando, invirtiendo y cooperando transfronterizamente, pero en términos establecidos democráticamente, en lugar de por multinacionales y capital financiero sin control. La apertura debe servir a la reconstrucción de la producción nacional y a una cooperación genuina en el extranjero, no a la estrategia global del capital estadounidense.

Un programa de este tipo se basa, en última instancia, en la cuestión de la soberanía. El problema es que este término ha sido apropiado por la derecha, que lo utiliza para afirmar el poder ilimitado del Estado estadounidense en el extranjero, al tiempo que defiende los intereses del capital en el país. Pero para la izquierda, la soberanía tiene un contenido diferente y más antiguo: el de la soberanía popular. Si la democracia ha de tener verdadero significado, los trabajadores y los pobres deben tener voz y poder en el lugar de trabajo, el barrio, el pueblo, la ciudad y el país. La soberanía popular no significa simplemente elegir un gobierno que gaste más en asistencia social, vivienda e infraestructura, a la vez que grava a los ricos, por necesario que sea. Requiere construir el poder organizado de la clase trabajadora —canalizando la renovada militancia huelguística del Sindicato de Trabajadores Automotrices Unidos y las campañas para organizar las fábricas no sindicalizadas del Sur— junto con las comunidades y los movimientos que han resistido al ICE, el genocidio en Palestina y la guerra contra Irán.

Además, dado que no existe espacio democrático más allá de las fronteras del Estado-nación, un programa de ruptura de clases también se basaría en la soberanía nacional. Este es un tema aún más complejo para la izquierda. En un país subordinado, como Grecia en 2015, la soberanía nacional significa liberarse de la dominación imperialista. Pero Estados Unidos se sitúa en la cima de la jerarquía imperialista, y la soberanía del Estado estadounidense es una palanca mediante la cual se subordina a otras naciones.

Para Estados Unidos, por lo tanto, la soberanía nacional plantea directamente la cuestión de qué es la nación y qué clase la constituye. Para la derecha, la nación es el Estado imperial y el capital al que sirve. Para la izquierda, la soberanía nacional es, en esencia, antiimperialista y significa luchar contra la opresión de los demás. Karl Marx y Friedrich Engels lo expresaron

claramente , tras afirmar que los trabajadores no tienen patria: el proletariado debe «elevarse a ser la clase dirigente de la nación, debe constituirse a sí mismo como nación», y en ese sentido es «nacional en sí mismo, aunque no en el sentido burgués de la palabra».

Esto es lo opuesto al nacionalismo, que exige a los trabajadores que se alineen con su clase dirigente. La tarea, entonces, es clara. La clase obrera estadounidense solo puede constituirse como nación tomando el control de los instrumentos del poder imperial —la Reserva Federal, el aparato de sanciones del Tesoro, el presupuesto militar— y dejando de utilizarlos para subordinar a otras naciones. Los trabajadores estadounidenses no obtienen ningún beneficio duradero del orden del dólar. Cuanto más Washington persigue la primacía imperial, más debilita la economía nacional.

La política antibelicista y la política anticapitalista constituyen una misma lucha. La oposición a la guerra que no afecta las relaciones de propiedad internas es incompleta, y la transformación interna que ignora el orden imperial será aplastada por él. El sistema que extrae valor de la periferia es el mismo que vacía el centro. Esto es lo que otorga al internacionalismo de la clase trabajadora un contenido material, en lugar de dejarlo como una consigna liberal compatible con la libre circulación de capitales. Es la base sobre la que se puede construir una política socialista genuinamente internacionalista.

Este artículo se basa en una contribución a los debates programáticos internos del Partido Comunista de Austria (KPÖ).

Costas Lapavitsas, profesor de economía en la SOAS, actualmente en la New School for Social Research, y exmiembro del Parlamento griego.

Fuente: Revista Jacobin